

qué lejanos lugares, tanto más poéticos por lo lejanos, María Elvira Piwonka sigue aferrada dulcemente a su amor, olvidada de todo: «Y en la noche del invierno—relumbrarán de paz tibia—en un inmenso rescoldo—mezcladas nuestras cenizas...» («Ofrenda»).

Creemos que la vitalidad y la fuerza expresiva, fuera de todo lo expuesto, llevan a María Elvira Piwonka por un sólido y personal sendero en el mundo privilegiado de nuestros mejores poetas. —H. L. J.



ELOGIO DE LA VIDA DE CERVANTES, de *Eugenio Orrego Vicuña*

Bajo el sugestivo título de *Historia del Ingenioso Hidalgo don Miguel de Cervantes*, cuajado de promesas latentes que despiertan e incitan la curiosidad, apareció no ha mucho una nueva obra del ilustre historiador nacional don Eugenio Orrego Vicuña.

En garantía de su presentación, lujosa y correcta, conviene recordar que el libro fué editado por la Universidad de Chile. Para dejar patentes las claras y laudables intenciones de su autor, tampoco puede olvidarse que la producción, según reza su elegante título, va «dirigida a Don Quijote de la Mancha, Caballero de la Triste Figura y de los Leones, Príncipe de los Hidalgos del mundo, gran señor de los pueblos Hispano-Americanos».

Huelga referir ciertos pormenores gráficos que allí, por cuidadoso ánimo, no dejan de verse y toman aún más atrayente la lectura. La numeración de las páginas; el anuncio de tasa, cual si se tratara de un libro del siglo décimosexto; los versos de Lope y Rubén que preceden al escrito, como también aquel famoso soneto, dedicado a Alonso Quijano por Amadis de Gaula y compuesto en puridad por el propio Cervantes; todo ello

siembra semillas de inquietud, dejándonos muy deseosos de sumirnos pronto en el meollo misma de la obra.

Entre los capítulos, cuajados de médula, uno hay que sorprende por su valía crítica, donde se aúnan testimonios de españoles y foráneos elogios de Dostoyewsky, del profesor Nico'ái, de Turgenev, del hispanófilo Jean Casseu y don Miguel de Unamuno. Hay un «Paso de los Hidalgos», breve pieza escénica que sucede en el Más Allá, fuera del tiempo humano, y en donde intervienen, a más del real Hidalgo complutense y del imaginario Hidalgo manchego, personajes de distintas centurias, discurrendo cada uno de ellos, con peculiar lengua, acerca del héroe. Y asimismo un postfacio en que se alude a cierta Orden de Don Quijote, orden espiritual y civil en la que figuran buenos y gloriosos varones de antaño y ogaño cuyos nombres descuellan, en la órbita del Nuevo Continente, por serle de inventores, poetas y orfebres, de filántropos, apóstoles y antiesclavistas.

En años de admirable labor, el señor Orrego ha ido reuniendo para el deleite ajeno y el personal renombre un bagaje de producciones cuyo inventario abarca variados géneros: tres libros de viajes, de los cuales es forzoso hacer resaltar su reciente y difundida *Terra Australis*; gran acopio de dramas y comedias, originales en su mayoría, como aquel tríptico de los próceres sudamericanos, traducidas otras de Shakespeare, Goethe y otros maestros; numerosos volúmenes de historia, iconografías, recordatorios, ensayos filosóficos, antologías. Todo ello sin contar las recopilaciones, donde se incluyen las Obras Completas de Vicuña Mackenna, su ilustre abuelo, y de Benjamín, su hermano, impresas con estudios preliminares y notas. Plural y compleja muestra de los afanes callados, y fecundos de quien, fuera de ser historiógrafo de rara y poderosa intuición, siente correr en sus venas sangre de artista.

El tesón y pureza espiritual que caracterizan a Eugenio Orrego, ha dado su más sazonado y espléndido fruto, a juicio nuestro, en la biografía que es objeto de estos comentarios.

En verdad no es propiamente una biografía, si por tal entendemos esas páginas noveladas, preñadas de diálogos ficticios y de situaciones anaveriguables a que nos tienen acostumbrados los escritores modernos. Es un cántico, un hermoso cántico biográfico, un himno ferviente en leer a la límpida y perdurable figura del Manco de Lepanto. Es que la vida y aventuras de Don Miguel no permiten en su relato el tono menor, la técnica de lo íntimo y cotidiano. El vaivén de sus miserias, su cautiverio argelino, sus cárceles sucesivas, el modo milagroso de cómo fué engendrado su *Quijote*, no resisten a una narración llana y específica—método éste que ya fué abordado y definitivamente resuelto merced al aporte del germano Bruno Frank. Solamente, pues, restaba aquel método por el que optó nuestro compatriota.

Diseñar el perfil de Cervantes, exaltar sus proezas con el idioma de nuestros días, tan chato, tan menguado y ayuno de alños, hubiera sido un descuido irreparable. Lejos de caer en el pecado del *pastiche*, el autor, con desembocar en el centro mismo del lenguaje de otrora, de ese bello y opulento lenguaje del Siglo de Oro, hace galas de magnífica péñola clásica. Y no es vano remedo de lo ajeno sino uso y provecho de lo propio. Ciertamente, va cumpliendo con ello un propósito determinado, cuál es el de crear para los que le lean una atmósfera viva. Razón que le insta a alterar la ortografía actual, arcaizando los vocablos con prudencia siempre y sin extremar la nota.

El suyo posee las virtudes sin los vicios del estilo renacentista: no adolece de frondosidades inútiles ni de recargazones retóricas: lo salpimentan expresiones y vocablos castizos que puedan ser comprendidos y gozados por gente no peninsular; abundan en él giros de pura cepa castellana, contruídos y ordenados según una severa y legítima estructura tradicional. Vasto, pulcro, escogido y a menudo luminoso es su léxico; y con ésto afirmamos menos de lo que quisiéramos.

Nos agradan de modo muy especial, entre los treinta y ocho que constituyen la obra, tres capítulos: a saber, el XVII

(De cómo y dónde nació Don Quijote), el XXVIII (Un día del Hidalgo) y el XXXVIII y último (De la desamparada vejez de Don Miguel y de cómo cayó malo y rindió su alma); en todos los cuales alienta una fuerza emotiva que sobrecoge al lector.

Con referencia a la cárcel de Sevilla, lúgubre y extraño sitio, se dice (p. 65) que «En aquel triste lugar, donde todo dolor y miseria tienen su asiento, alumbrió Don Miguel el mayor fruto de la literatura del mundo. El lector puede pensar si quiere en contrastes curiosos, pero a la verdad la Providencia había elegido bien el sitio. ¿No parece adecuado en lo humano, si se recuerda que hay un pesebre en la historia divina? Era triste el lugar. En él se codeaban y convivían, en la más repulsiva mezcolanza, asesinos, ladrones, salteadores, rufianes, comerciantes arruinados, deudores morosos y toda suerte de pilletes. Ahí estaba el hampa en flor, con su carne de horca y su universidad de la picardía, allí los mayores tunantes y las facinerosos de categoría, todos en una, sino todos a una, porque se alcanzaban fácilmente los mayores niveles de desvergüenza, ganadas con famosa desenvoltura». Hojas adelante, abordando en claroscurros una jornada cualquiera del creador de las «Novelas Ejemplares», empieza al autor con voz lírica y bien entonada (folio 118): «El tiempo llueve ceniza sobre el rostro macerado. No hay pájaros para cantar la primavera. La vida ha pasado como sombra sobre la luna y nada queda de las galanuras antiguas: se fué la color de la mejilla tersa, se curvó el cuerpo gentil, faltan alientos para la adarga oxidada. ¿Qué queda aún? Remiendos en la capa, sal en los labios amargos y unos deseos de irse, de alcanzar por fin esa paz que sólo lograría cuando los fieles, en alguna iglesia de Madrid, caminasen sobre su cuerpo». Y asomándose al lecho del agonizante héroe, meditabundo y dolorido constata (folio 156) que «Iban años y desengaños aguzándole el rostro y poniéndole tan magro, tan caritriste, tan resignado como el Manchego en lo final de su aventura... Era famoso y todos lo sabían, pero los literatos en boga se apresuraban a

dar muestra de ignorarlo. Era mucha sombra la suya para tanta vanidad. Los notables de su tiempo fueron los más reacios en apreciarlo y a la postre le dejaron de mano, atiborrándole de silencio. . . ¿Qué importaban la incomprensión de los contemporáneos, la dieta del pan, la befa de duques y gañanes, la humillación de las cárceles donde se alumbran los Quijotes? ¿Qué importaba la vejez misma, destituída de comodidad y limpia del goce de la carne? Desvistiéndonos de materia nos vestimos de espíritu y el alma en soledad se nutre. ¿A qué pedir nada? ¿A qué hacer antesala en la comedia de los poderosos. Hay tanta tristeza en la mano que se tiende para la limosna, como alegría en la que se vuelca para dar y para darse. ¡Don Miguel, Don Miguel, a qué tender el brazo estropeado a Lemos cuando la diestra está tan colmada que el chorro de los dones parecería desconocer todo sentido de acabamiento!»

Así, y no por fortuito y pasajero hallazgo, el señor Orrego Vicuña escribe todas y cada una de las páginas de su Historia. Bien reparamos en que el libro que ocupa nuestra atención posee elementos de forma por cuyo logro y usufructo se empeñaría el literato de más monta. Pero dejemos tal forma, exquisita y obtenida en sus detalles todos, y pasemos a ocuparnos del fondo. El perfecto ditirambo es siempre aquel envuelto en pocos términos: compongámoslo en torno al fondo, a la esencia misma de ésta «Vida», esmerándonos en hallar el preciso punto donde reside lo medular de su mérito.

Veamos.

¿Qué pensó nuestro escritor?

Fácil es conjeturarlo. Cervantes—se dijo—vivió y fué lo que es a los ojos de la posteridad, en relación a su hijo espiritual. Su vida, pues, plena de altibajos como estuvo, se escinde en tres etapas: la que precede, la que incluye y la que sigue al génesis del *Quijote*. Excepción hecha de don Miguel el salmantino, que mostró la independencia vital de creador y personaje, ningún biógrafo o ensayista anterior a Orrego Vicuña ha podido resistir

a la tentación de confundir en un solo cuerpo y alma a los dos Hidalgos: Orrego Vicuña, con poderoso aliento personal que ilumina abismos al parecer impenetrables, cuidó de enfocar simultáneamente a entrambos seres y, por un supuesto romántico, procura asimilar uno a otro, situándolos en planos de pareja realidad. Tal es la impresión que nos deja. Una parte considerable de su *Historia* tiene por objeto glosar las hazañas del Caballero, no dando solamente a entender entre líneas que Cervantes pudiera haberlas deseado todas para sí, sino también (y en esto finca precisamente uno de los valores principales de la obra) colocando en todo tiempo como único plan valedero el de la realidad psicológica.

Colacionemos algunos ejemplos extraídos al azar:

«A poco andar sobrevínoles una de las aventuras más famosas que puedan imaginarse. Dieron con treinta o más desafortados gigantes, y junto con verlos picó espuelas a Rocinante y Don Quijote arremetió contra ellos, lanza en ristre. Pero quiso su estrella que algún encantador o nigromante enemigo cometiera la villanía de transformarlos en molinos de viento cuyas aspas hicieron astillas la lanza y dieron por tierra con caballo y caballero. . . Así había de ocurrir a los seguidores del Hidalgo, porque nunca falta quién les suscite molinos de viento».

«Llamaba a la suya Dulcinea del Toboso y era la más gentil princesa que se pudiera imaginar. Decían los que todo creen saberlo, que no pasaba de ser aldeana de la villa del Toboso, de la que andaba enamorado años hacía sin que ella se percatase; para si tal ocurrió, la verdad era que se había separado por completo de su apariencia original, basta y no nada elegante, para convertirse en ente real vivo, adornado de todos los méritos y gracias que pueda discurrir el humano entendimiento».

«Ocurrió luego otro lance con dos bribones que llevaban hurtada alguna princesa y a los cuales su enemigo convirtió en pacíficos frailes de D. San Benito». Etcétera.

Basta ya de espigar frases y párrafos de este libro admirable

que es, sin asomo de duda, la obra maestra de Eugenio Orrego Vicuña.

Aún más: es, en su género y en la literatura de Chile, una obra maestra.—JORGE ONFRAY.



TENTATIVAS EN TORNO DEL ARTE Y SU GÉNESIS, por *Homero Bascuñán*

El doctor Clarés Pérez, entre sus originales inéditos, dejó el libro «Psicogénesis del arte» que contiene cinco ensayos o «tentativas», así denominados modestamente por él.

Para el doctor Clarés, el ensayo constituyó siempre el mejor medio de expresión estética y es por eso que lo cultivó con verdadera devoción; pero su muerte prematura lo privó, seguramente, de revisar sus trabajos y darles un mayor brillo estilístico. No pretendemos afirmar que su libro carezca de estilo o que auea defectos en su construcción; solamente queremos decir que, de no haber dejado el mundo de las formas, pudo habernos entregado esta «Psicogénesis del arte» tal como él—esteta acabado—la hubiera burilado definitivamente.

A través del primer ensayo, que da título al libro, el doctor Clarés nos asombra al exhibir después de un análisis laborioso, el fruto de su investigación, su verdad: la chispa generadora del arte, extraída de su *Manú* de artista y psiquiatra excepcional. Nos demuestra que la obra de arte es aquello que el artista expelle, que echa fuera (deposición abstracta quizá o escoria cósmica que rebasa del hombre); tal vez excremento de belleza al que el artista, con sus recursos de taumaturgo materializador de sueños, logra neutralizar posibles aspectos desagradables; esto es, que se revele cadáver, que oculte su gesto-cicatriz de Esfinge, de hecho realizado y definitivo, en una palabra, de la facultad de desarrollarse biológicamente a través de la vida, y morir más